

UN FAMOSO ESCRITOR DESCONOCIDO

Enrique Cabezas Rher

Sabemos cómo fue su obra: brillante y vehemente, y corta, igual que el género literario que escogió: el cuento. Cuentos en los que trasuntó las deplorables condiciones sociales y económicas en que vivían en Colombia las clases menos favorecidas: campesinos, obreros desarraigados y personas de piel oscura, quienes además padecían los horrores de las Guerras Civiles y de la Violencia, que en el país se escribe con mayúscula. Cuentos a los que calificaba como “La descripción exhaustiva de un momento vital” y que prefería como medio de expresión y consideraba superior a otros géneros, incluso al de la poesía.

En estos cuentos no tenía pues cabida la diversión del arte por el arte; su objetivo claro era el de evidenciar la discriminación de todo tipo contra los grupos marginados de los cuales él creía hacer parte. El mejor de todos (por su profundidad y técnica) es, sin duda, “Vivan los compañeros”, que habla de la hermandad y solidaridad de los guerrilleros de los Llanos Orientales, en quienes estos sentimientos se expresaban hacia sus camaradas antes del combate, durante el combate y más allá de la muerte. En muchos de ellos los elementos naturales (el viento, la lluvia, el frío, el calor, el eco, y hasta los sudores del cuerpo humano) fungen como antagonistas ominosos y proactivos que en función de deus

ex machina resuelven la situación, pero eso sí en perjuicio de los protagonistas.

Sin embargo, lo que quiero señalar ahora es la etopeya de Carlos Arturo, pues a mi juicio su vida aparece contrariada, fue fuente de innumerables dificultades, paradojas e ironías. Nada le fue fácil, ni cómodo, ni plácido del todo. No gozó de ese mar de mermeladas al que alude Estanislao Zuleta. Sus pocos momentos felices siempre parecían estar contrariados por su hermana siamesa: lo aciago.

Desde la temprana infancia hasta la muerte un hado nefasto no hacía más que incordiarlo. Su vida transcurrió como si hubiese vuelto a escribir —esta vez solo para él— su cuento “Fucú”. En unos cuantos escritores (Cela, Vargas Llosa, Fuentes, por ejemplo) la suerte superó a su talento y aupó su renombre. En Truque, irremediablemente, tenía que suceder al contrario. En un texto que no era suyo, sino del destino, estaba escrito que no podía escapar a la condena de ser mudado.

Resultaría casi imposible enumerar las veces que su sino se miró en el envés del espejo o que tuvo que ir a contrapelo de las circunstancias.

Apenas un chiquillo, cursando en la escuela el tercer año elemental, pese a que era el mejor estudiante, el más aplicado e inteligente de la clase, perdió el año y los reconocimientos y felicitaciones que habría de merecer recayeron en el más torpe del salón. Este acontecimiento le dolió y lo marcó para siempre. No sólo porque se cometía una injusticia en su contra —la primera de las muchas que padecería— sino porque se le bautizaría de inepto e irresponsable. “Negro bruto”, le dijeron. Nunca lo olvidó. Jamás pudo superarlo. Dicen que hasta el momento de su muerte lo recordaría con frecuencia. Algunos creen ver en este episodio el origen de cierto resentimiento que le endilgan, equivocados, en mi concepto.

Pese a su inteligencia y brillante y rebelde personalidad, nunca pudo complacer completamente a su padre, un hombre autoritario y severo que siempre miró con malos ojos que su hijo deviniera escritor y no ingeniero como era su voluntad. Desde un principio se opuso a su vocación literaria, que no se compadecía con el des-

tino que quiso para él: un próspero hombre de negocios. Ese mismo hombre adusto e inconforme no dejaría de reconvenirlo por su decisión de abrazar ideas políticas que contradecían las suyas, un tanto retardatarias.

Muchos críticos sostienen que Truque estaba destinado a la fama y el prestigio que acapararon coetáneos suyos, como García Márquez, Cepeda y Palacios, pero, como no, éstos no dejaron de hacerle sombra. Hubiera tenido que seguir el consejo de Gombrowicz: “Maten a Borges”.

Conoció primero y mejor que aquellos tres escritores (porque los leía en su idioma original) a Faulkner, Dos Pasos, Hemingway y Saroyan, pero al revés de los tres colombianos no tuvo tiempo de recoger los frutos de su influencia y magisterio.

Hubiese tenido mejor fortuna si hubiese nacido en Rusia, Francia, Alemania o China, países en los que su obra fue traducida y gozaba de gran aceptación.

Estudió en Popayán por, ya sabemos, imposición de su padre. Más tarde trabajó en los Llanos Orientales, y en 1951 volvió a vivir, como lo hiciera de niño luego que su familia abandonara el Chocó, en Buenaventura. Aquí, en uno de los pocos momentos de dicha que le reparó la vida, se casa con una dulce mujer llamada Nelly Vélez. Trabaja en la Flota Mercante Grancolombiana, pero como quiera que no era “un embarcado” o “un vaporino”, su salario no da mucho para vivir con las comodidades que merece su esposa.

En 1954 se va a vivir a Bogotá. Por entonces el panorama social y político es el siguiente: Rojas Pinilla acaba de dar un golpe de estado, y su dictadura ha establecido una fuerte censura contra toda manifestación del pensamiento que no corresponda a sus ideas, que son, obviamente, contrarias a las democráticas, de izquierda y libertarias del escritor.

En el mismo año de 1954, la Asociación de Escritores y Artistas Colombianos le otorga el Tercer Premio por su cuento “Vivan los compañeros”, que en razón del control de las ideas que ha impuesto el General-Presidente no puede gozar del reconocimiento y difusión que debiera otorgársele. “Vivan los compañeros” es un canto a la libertad y a la justa rebelión. Otra vez su hado trágico

se hace presente, no ha tenido la delicadeza de no entrometerse de nuevo en la vida del autor, y el buen gusto de darle un respiro.

El azar vuelve a hacerle un guiño engañoso. En 1958 ocupa el Tercer lugar en el Concurso Folclórico de Manizales con su cuento “Sonatina para dos tambores”. Pero, ¿cómo así? ¿Otra vez el Tercer Puesto? ¿Por qué no el Primero, si en ambos casos sus cuentos eran mejores de los que obtuvieron el Primer Premio.? De esos cuentos suyos conocemos su calidad, el vigoroso estilo con que fueron escritos. ¿Qué sabemos de los que ganaron?.

En 1957, luego de la caída de Rojas Pinilla, su condición económica y su bienestar general y el de su familia mejoraron. Por fin un comunista pudo acceder a un cargo en el sector público. Es nombrado, primero, en el Ministerio de Educación Nacional, y, luego, hace parte de la delegación de la Embajada de Haití.

Pareciese que por fin la vida le sonrío a este hijo del “Litoral Recóndito, pero como está signada por la dificultad, la contradicción y la ironía, en 1964 se hace de nuevo presente la desgracia, que no andaba muy lejos, solo escondida. Una trombosis cerebral -acuciosa y altanera, como yo la llamo, se le adelanta a la Muerte, que –no faltaba más– llega prematura. A su deceso le sigue –presuroso e injusto, también paradójico y sarcástico– su olvido. No importa que haya estado predestinado a ser uno de los mejores escritores del país.